



G.W.F. HEGEL, *Aforismos de Jena. 1803-1806*, ed. de Manuel Barrios Casares y Juan Antonio Rodríguez Tous, Athenaica, Sevilla, 2022, 154 pp. ISBN: 978-84-18239-67-0

No es nada fácil decidirse a escribir una reseña cuando, llegando al final de la lectura, después de publicar más de medio centenar de reseñas como un registro pedagógico de acuerdo con la doble convicción de que pensar es un acto de libertad en sí mismo, se lee que los reseñadores son sepultureros (“Recensenten sind Todtengräber”). Que, inmediatamente después, el autor sugiera que el reseñador está tan muerto como su reseña no lo hace tampoco más fácil. Según Hegel, la reseña debe dar cuenta de “lo verdadero” del individuo (“das Individuum darstellen, nicht die Sache, als obs jenes das Lebendige wäre, nicht das Wahre”), ya que juzgar, lo que llamamos hoy interpretar, que consiste en el acto de identificar el significado, es matar o asesinar (“Tödteten”, traducido por dar muerte; afor. 77). No se trata, por tanto, por decirlo así, de resucitar al sujeto o, con las palabras de Hegel, al individuo, sino de mostrar la esencia, o la verdad, del objeto en cuestión. En mi opinión, la reseña solo puede convertirse en un prejuicio si lo que se juzga es en vano, de modo que lo que estaría en duda es la imparcialidad, o la objetividad, del reseñador y no el asunto de la reseña. Tal vez Hegel pensaba sin el nexo necesario entre el sujeto y el objeto del conocimiento. Tal vez podemos aplicarle los versos que él mismo cita de *El Cid*: “¡Pero qué vencido no lamenta la injusticia!” (“Aber welcher Ueberwundne / Klaget über Unrecht nicht”, en la traducción de Herder; afor. 79). Pero, como no soy un hegeliano, no lo comprendo.

De acuerdo con Hegel, no existe un “período del genio filosófico” cuya experiencia (ἐμπειρία) da forma a la historia, sino que es una cuestión de vanidad. Esta irracionalidad o, como escribe Hegel, esta conquista del empíreo caracteriza precisamente el “sano sentido común” de los alemanes (cuyo error es que toman lo moral por lo sentimental) que en realidad pertenece para el joven Hegel a la “esfera culta”, la de los filósofos (afor. 15). Así que lo que los editores interpretan como la “menesterosidad de la vida” que Hegel llama las “necesidades humanas de carácter secundario” refiriéndose a su propia juventud (hay que ver hasta qué punto el elevado nivel de abstracción de la jerga hegeliana resiste su traducción al habla común, si la filosofía de Hegel es una traducción de otra cosa; de hecho, la conclusión a la que llega el filósofo alemán es la pregunta por “cómo encontrar la vuelta para intervenir en la vida de los hombres”, 126-127) se parece en cierto modo al comienzo socrático de la filosofía en el que la filosofía es *la* forma de vida, lo que no disculpa en cualquier caso la crítica cruel a Platón como un soñador al que califica sencillamente de “una cabeza de pausado discurrir” (afor. 75). Mientras que el aprendizaje que consiste, en el siguiente orden, en la formación técnica, la reflexión y el sistema puede ser, por el contrario, una muestra de la falta de vida. La filosofía considerada como el conocimiento de sí mismo, o el reconocimiento socrático de la ignorancia, serían

entonces inseparables del error sistemático de toda filosofía que se precia de serlo, incluyendo la hegeliana.

Lo que Hegel dice del cantón suizo Unterwalden, que casi se lee en inglés “Bajo Walden”, como si recordara a las profundidades de la laguna de Walden en *Walden*, puede decirse prácticamente de cualquier época o período histórico: la falta de progreso en la “formación del espíritu” paralelamente al aumento constante de la inercia no son sino las señales de la barbarie, “brutalidad y asilvestramiento”, que Thoreau encontraría presentes en Walden, y expondría en *Walden*, entre el lujo y la necesidad, entre el negocio y la filosofía o la economía, entre Walden y, para el lector atento y agradecido, los caminos, si no todos, que llevan a Walden. Ante la ausencia de ocio verdadero (y ocio es, por decirlo así, la palabra de la vida por antonomasia) o educación, lo que Hegel atribuye a la ignorancia sobre la “fuente de la esencia” en el caso de Schelling, aun cuando no lo mencionara, y sus discípulos (Hegel recordaba que la naturaleza y la historia son, o forman, un proceso unitario), los *Aforismos de Jena* de Hegel (editados originalmente por Karl Rosenkranz con el título, *Xenias críticas de Hegel del período jenense 1803-1806*) escritos durante su juventud pueden leerse, de hecho, como un intento por distinguir con urgencia entre la civilización (por ejemplo, el cristianismo igualaría a la mujer con el hombre) y la barbarie, entre el sistema filosófico y el mito. El bárbaro, curiosamente necesitado del aprendizaje debido a su falta de comprensión, sería el que dispone de la razón sin el entendimiento, el absoluto devenido, la intuición; en suma, en la medida en que predomina la autoconservación para el hombre, la exigencia de la plasticidad es parte del proceso, no de aprendizaje, en la aspiración a crear una obra original en la que la diferencia es, precisamente, la condición de posibilidad de la identidad. Así que la pérdida del sujeto natural, o el individuo, por culpa de la ciencia tendría su origen en lo que Hegel llama la “mala reflexión”, el miedo a profundizar en la cosa (“die Furcht, sich in die Sache zu vertiefen”, afor. 50), que el filósofo existencialista Jean-Paul Sartre rebautizaría, como si se tratara de una deducción, como la mala fe. Lo que significa que la distancia entre el sujeto y el objeto del conocimiento finalmente lo convertiría a este en objeto.

No solo la comprensión de la dependencia de lo singular respecto al todo es lo único esencial, sino también el que cada momento en sí mismo, independiente del todo, es el todo, y esto es profundizar en la cosa (afor. 43).

Desde luego, aun cuando Dios estuviera muerto, como corroboraba Hegel, al menos desde Lutero, mostrando, como un rasgo esencial de la modernidad, la deriva sintomática del protestantismo en la incredulidad, sigue siendo el privilegio de los dioses utilizar la ironía para confirmar la actualidad.

Antonio Fernández Díez

<https://orcid.org/0000-0002-4505-0154>

<https://uclm.academia.edu/AntonioFernándezDíez>